

## LA CRÓNICA

## El doctor ante la realidad

ARCADI ESPADA

La cuestión esencial no es si la acuarela *Desnudo femenino*, que los responsables del Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC) atribuyeron a Pablo Picasso, es o no una obra original del pintor malagueño. Como explicaba con honorable prudencia el conservador de dibujos del museo, Bonaventura Bassegoda, en el catálogo de la exposición que incluyó la acuarela, "cualquier propuesta de atribución es sólo una propuesta y puede ser objeto de opiniones contrastadas". La obra en sí no tiene tampoco mayor importancia: tanto si se trata de una prueba más o menos frustrada de Picasso como si pertenece a algún otro artista, es una obrita francamente menor.

El problema es otro: los responsables del MNAC conocían las dudas sobre la autenticidad de la obra —dudas suscritas por uno de los máximos expertos en Picasso, el francés Pierre Daix— y a pesar de ello la incluyeron sin ninguna reserva en la exposición. ¿Por qué? Por indiscutibles razones propagandísticas. La exposición *Un any d'adquisicions...* presentada en su día con la natural —y algo cómica, vistas las circunstancias— *grandeur* que caracteriza las iniciativas de Xavier Barral, el director del museo, tenía en esa tela supuesta de Picasso un polo de atracción innegable.

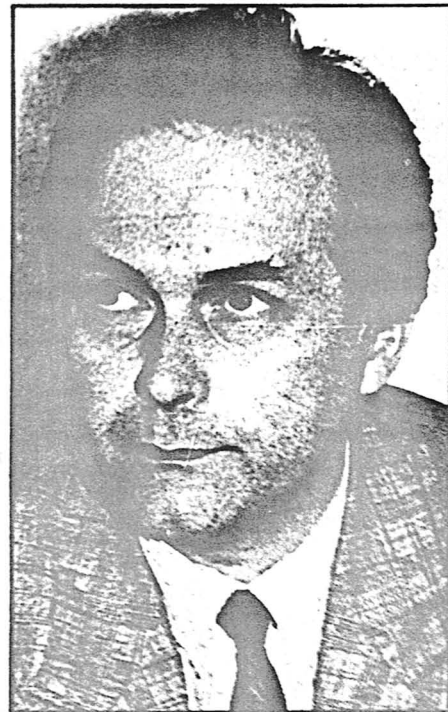
Simbolizaba además el nuevo orden barraliano: al decir, como se dijo, "la hemos encontrado perdida en un cajón", se aludía oblicuamente a la supina ignorancia de sus predecesores, al desorden flagrante en que el museo se encontraba hasta la llegada del nuevo director, y se instaba a los ciudadanos a tener fe en el museo, o lo que es lo mismo, fe en el arte, fe en el arte de la na-

ción, que el museo, desde Folch i Torres hasta Duran Farell y Oriol Bohigas, simboliza, atesora y guarda.

## Los boletines científicos

La tela es probablemente falsa, pero eso ya casi no importa. Es más, el doctor Barral —así se hace llamar por sus empleados tanto en el día como en la noche, y no hay por qué negar a nadie sus bien ganados derechos— ha afrontado el nuevo estado de las cosas con el acostumbrado rigor científico que acostumbra a invocar: "Pongo a disposición de los expertos los boletines científicos del museo para que contrasten sus opiniones sobre la acuarela", ha venido a decir. ¡Magnífico! Sin embargo, el detalle, pequeño, prosaico, es que esos boletines no existen. Sólo cabe esperar que un día u otro salgan del letargo editorial en el que llevan más de un año.

Xavier Barral se enfrenta a un tarea muy improbable: levantar un museo napoleónico en provincias y hacerlo además en época de crisis económica profunda y perdurable. Aunque en ese proyecto confluyen la melancolía *noucentista* de Oriol Bohigas, el interés del señor Duran Farell por alcanzar la inmortalidad a través de algo menos volátil que el gas y la ambición poderosa del doctor, el museo necesita, seguramente, ceñirse al principio de la realidad. Una realidad que cuestiona la autenticidad de un presunto *picasso* o que demuestra que los boletines están todavía por escribirse. O que, abandonando las relativas anécdotas, informa de la sólida difi-



Xavier Barral.

cultad para que la segunda fase de las obras tenga la financiación adecuada. O que, ya definitivamente lejos de la anécdota, cuestiona el propio proyecto de un museo concebido como *summa* irreal de un país irreal. Eso mismo que el señor Duran Farell define, con otras palabras más prepotentes y audaces, como "museo de unidad nacional".

España 1992.  
Un balance